

do encarnado. Y te ruborizaste sobremanera cuando se te invitó á comer.

—¡Eso es absurdo! ¿Por qué dices eso?

—¡De veras! ¡Tienes timideces de colegial! ¡Diablo, te ruborizas nuevamente!

—¡Eres insoportable!

—Pero ¿por qué esa confusión, Romeo? Déjame obrar, que hoy contaré yo eso en alguna parte... ¡Ja, ja! ¡Cómo van á divertirse mi mamá... y otra persona!

—Escucha, escucha... Te hablo seriamente. Todo eso es... ¡Después, después, diablo!...—balbuceó, lleno de espanto, Razumikin.—¿Qué les contarás? Amigo mío, yo... ¡Oh, qué cochino eres!

—¡Una verdadera rosa primaveral! ¡Y si supieras qué bien te sienta! Un Romeo de dos "arquinas" y doce "verchoks." Te habrás lavado hoy... Hasta te has limpiado las uñas. ¿Cuándo lo has hecho? Creo, ¡Dios me perdone! que hasta te has perfumado. ¡Baja la cabeza, quiero olerte!

—¡Cochino!

Rascalnikof estalló en sonora carcajada. Y esta hilaridad, que parecía incapaz de dominar, duraba aún cuando los jóvenes llegaron á casa de Porfirio Petrovitch. Desde la habitación podía oírse su rísa, cosa que pensó Rascalnikof.

—¡Si dices una palabra, te apabullo!—murmuró Razumikin lleno de cólera y asiendo por los hombros á su amigo.

V

Rascalnikof entró en casa del juez de instrucción con la fisonomía de un hombre que ha hecho todo lo posible por parecer serio, pero que no lo consigue sino con gran trabajo. Detrás de él avanzaba torpemente Razumikin, rojo como una amapola y las facciones alteradas por la cólera y la vergüenza. Su rostro, su figura toda, justificaban suficientemente la hilaridad de su compañero. Porfirio Petrovitch, de pie en medio del aposento, interrogaba con la mirada á los visitantes.

Rascalnikof se inclinó ante el amo de la casa, cambió un apretón de manos con él y pareció hacer un violento esfuerzo para ahogar sus ganas de reír mientras decía su nombre y calidades. Mas apenas había recobrado su presencia de ánimo y balbuceado algunas palabras, cuando, en mitad de la presentación, tropezando sus ojos con el rostro de Razumikin, estalló en recia carcajada.

Razumikin prestó, á su pesar, un gran servicio á su amigo, porque aquella "loca rísa" le encolerizó de una manera, que concluyó por dar á toda aquella escena cierta apariencia de alegría franca y natural.

—¡Oh! ¡el taimado!—aulló, con violento movimiento del brazo, brusco ademán que hizo que un mueble rodara por el suelo.

—Pero ¿por qué deterioráis de ese modo el mobi-

liario, caballeros? ¡Estáis perjudicando al Estado!—exclamó alegremente Porfirio Petrovitch.

Rascolnikof reía de tal modo, que durante algunos momentos olvidó su mano en la del juez de instrucción; mas como hubiera sido poco natural dejarla permanecer allí más tiempo, la retiró cuando creyó llegado el instante de hacerlo, para que resultara verosímil el papel que representaba. En cuanto á Razumikin, estaba más confuso que nunca, y después de contemplar con aire sombrío las consecuencias de su acaloramiento, se dirigió hacia la ventana, y allí, volviendo la espalda á los demás personajes, púsose á mirar sin, por otra parte, ver nada.

Porfirio Petrovitch reía por conveniencia, pero era evidente que esperaba explicaciones. En un rincón, sentado en una silla, estaba Zametof. Al ver á los visitantes se había levantado á medias y esbozado una sonrisa; luego, la escena parecía no distraerle, y observaba á Rascolnikof con curiosidad particular. Este último no esperaba encontrar allí al agente de policía, cuya presencia le causó una sorpresa desagradable.

—He ahí una cosa más que considerar—pensó.

—Ruégoos que me dispenséis—dijo en alta voz y con fingido embarazo.

—¡Nada de eso! ¡Si, por el contrario, me habéis causado el mayor placer! ¡Habéis entrado de un modo tan agradable!. . . . Pero ¿qué significa eso? ¿Ni aun quiere decir buenos días?—añadió Porfirio Petrovitch, mostrando con un gesto á Razumikin.

—A decir verdad, no sé por qué se ha enfadado conmigo. Por el camino le he dicho que se asemejaba á

Romeo, y . . . se lo he probado. No ha habido más.

—¡Cochino!—gritó Razumikin sin volver la cara.

—Ha debido haber motivos muy serios para que él tomara por tan tremenda una ligera broma—hizo observar, riendo, Porfirio Petrovitch.

—¡A un lado las tontunas! ¡Y al asunto!—exclamó de pronto Razumikin.—Te presento á mi amigo Rodion Romanovitch Rascolnikof, que ha oído hablar de ti y desea conocerte. Además, tiene un pequeño asunto que tratar contigo. ¡Cómo! ¡Zametof! ¿Por qué casualidad estáis aquí? ¿Os conocéis? ¿Desde cuándo?

—¿Que quiere decir esto ahora?—se preguntó con inquietud Rascolnikof.

La pregunta de Razumikin pareció disgustar algo á Zametof; sin embargo, supo disimular.

—Ayer, en tu propia casa, nos conocimos—dijo con aire indiferente.

—Entonces, la mano de Dios lo ha hecho todo. Figúrate, Porfirio, que la semana pasada tenía el mayor deseo de serte presentado.

En cuanto supo que Rascolnikof tenía “un pequeño asunto” que tratar con él, Porfirio Petrovitch le invitó á senarse en el sofá; sentóse á su vez en el otro extremo, y se puso á su disposición inmediatamente.

Ordinariamente, sentámonos algo incómodos cuando un hombre á quien apenas conocemos manifiesta deseos de oírnos; nuestro embarazo es mayor aún cuando el objeto de que hemos de hablar es, á nuestros ojos, poco digno de atención tan extremada.

Sin embargo, Rascolnikof, en algunas palabras cor-

tas y precisas, expuso claramente su asunto; hasta pudo, mientras lo hacía, observar cómodamente á Porfirio Petrovitch, quien, por su parte, no apartaba la vista del joven.

Razumikin, sentado frente á ellos, escuchaba con impaciencia, mirando alternativamente á su amigo y al juez, lo que colmaba la medida.

—¡El imbécil!—apostrofábale interiormente Rascolnikof.

—Es necesario hacer una declaración á la policía—respondió con el aire más indiferente Porfirio Petrovitch.—Expondréis cómo, informado de tal suceso, es decir, del asesinato, deseáis hacer saber al juez de instrucción encargado de este asunto que dichos objetos os pertenecen, y que deseáis desempeñarlos.... ó.... pero, por otra parte, se os escribirá.

—Por desgracia—agregó Rascolnikof fingiendo confusión,—estoy muy lejos de ser rico actualmente... mis medios no me permiten ni aun desempeñar esas pequeñeces.... Quisiera limitarme á declarar que los objetos son míos, y que cuando tenga dinero....

—Eso no importa—interrumpióle Porfirio Petrovitch, que acogió friamente esta explicación.—Por otra parte, si queréis, podéis escribirme directamente, declarando que enterado de tal cosa, deseáis hacerme saber que tales objetos os pertenecen y que....

—¿Puedo escribir eso en papel sencillo?—interrumpió Rascolnikof, afectando siempre no ver sino la parte pecuniaria de la cuestión.

—¡Oh! ¡en cualquier papel!

Porfirio pronunció estas palabras con aire franca-

mente burlón, guiñando un ojo á Rascolnikof. Por lo menos, el joven hubiera jurado que aquel guiño de ojos se dirigía á él y dejaba adivinar el demonio sabe qué oculto pensamiento. Probable era, después de todo, que se engañase, porque aquello duró apenas un segundo.

—¡Sabe!—pensó instantáneamente.

—Perdonadme que os haya molestado por tan poca cosa—agregó, bastante desconcertado.—Esos objetos valen en junto cinco rublos; pero su procedencia me los hace particularmente queridos, y confieso que sentí cierta inquietud al saber....

—¡Por eso te conmoviste tanto ayer, cuando me oíste decir que Porfirio interrogaba á los propietarios de los objetos empeñados!—hizo notar, con intención evidente, Razumikin.

Aquello era demasiado. Rascolnikof no pudo contenerse, y clavó en el charlatán una mirada llena de cólera. En seguida comprendió que había cometido una imprudencia, y apresuróse á remediarla, explicando que, hallándose allí su madre, temía que ésta ó su hermana le preguntaran, por ejemplo, por el reloj, que había pertenecido á su padre, y....

—¡Ah! ¿Vuestra madre ha venido á veros?—preguntó Porfirio Petrovitch interrumpiendo á Razumikin, el cual se esforzaba para probar que su amigo no le había comprendido.

—Sí—respondió Rascolnikof.

—¿Cuándo ha llegado?

—Ayer tarde.

El juez de instrucción guardó silencio; parecía meditar.

—Vuestros objetos no podían perderse de ningún modo—agregó en tono frío y tranquilo.—Hace mucho tiempo que esperaba vuestra visita.

Rascolnikof se estremeció; el juez de instrucción pareció no haberlo notado.

—¡Cómo! ¿Esperabas su visita? ¿Sabías que había empeñado algo en casa de la vieja?—preguntó Razumikin.

Sin responderle, Porfirio Petrovitch se dirigió á Rascolnikof.

—Vuestros objetos, una sortija y un reloj, estaban envueltos en un trozo de papel, en el que se leía vuestro nombre, escrito con lápiz, y junto á él la indicación del día en que habían sido empeñados los objetos.

—¡Qué memoria tenéis—dijo Rascolnikof, con aire de contrariedad.

Se esforzaba, especialmente, por mirar tranquilamente al juez de instrucción; sin embargo, no pudo menos de agregar, bruscamente:

—He hecho esta observación, porque siendo muchos los propietarios de objetos empeñados, debe costar un gran esfuerzo de memoria acordarse de todos y cada uno.... y....

—¡Débil idiota! ¿Qué necesidad tenías de agregar eso?—concluyó para sí.

—Es que casi todos se han dado ya á conocer; vos erais el único que aún no habíais venido—respondió Porfirio, con expresión casi imperceptible de burla.

—No me encontraba muy bien.

—Lo he oído decir. Hasta se me ha dicho que habéis sufrido mucho. Aun ahora estáis pálido....

—Nada de eso; por el contrario.... encuéntrome muy bien—replicó Rascolnikof en tono brutal y violento.

Sentía arder en su interior una cólera que no podía dominar.

—En mi acaloramiento, voy á cometer una necedad—pensaba.—Mas ¿por qué me exasperan ellos?

—¡No se encontraba muy bien! ¡Vaya un eufonismo!—exclamó Razumikin.—La verdad es que hasta ayer ha estado casi siempre sin conocimiento..... ¿Creerías, Porfirio, que ayer, pudiendo apenas tenerse sobre sus piernas, aprovechó el momento en que Zosimof y yo acabábamos de separarnos de él, para vestirse, salir á escondidas de casa y marcharse, Dios sabe á dónde, hasta las doce de la noche... todo en completo estado de delirio? ¿Puedes figurarte cosa semejante?

—“¿En completo estado de delirio?”—dijo Porfirio, con el movimiento de cabeza propio de los aldeanos rusos.

—¡Eso es absurdo! ¡No le creáis! Por otra parte, no tengo necesidad de deciros esto. Vuestra opinión está ya formada—dejó escapar Rascolnikof, impulsado por la cólera.

Pero Porfirio Petrovitch pareció no oír tan extrañas palabras.

—¿Cómo hubieras salido, á no ser en estado de delirio?—agregó, acalorándose, Razumikin.—¿Por qué saliste? ¿Con qué objeto? Y sobre todo, ¿á qué atri-

buir esa idea de salir de casa á escondidas? Convén, pues, en que no estabas en tu cabal juicio. Ahora que el peligro ya pasó, puedo decírtelo sin rodeos.

—Me habían fastidiado extremadamente—dijo Rascolnikof, dirigiéndose al juez de instrucción con una sonrisa que se asemejaba á un desafío,—y queriendo desembarazarme de ellos, salí para alquilar una habitación en la que no pudieran descubrirme; había tomado, con tal objeto, cierta cantidad. El señor Zametof, quien me vió con el dinero en la mano, puede decir si ayer yo estaba bueno ó deliraba. Sed, pues, juez en nuestra disputa.

Con mucho gusto hubiera estrangulado en aquel momento al agente, el cual le irritaba con su mutismo y la expresión equívoca de su mirada.

—En mi entender, hablabais con sensatez y hasta con gran agudeza; sólo que estabais en exceso irritado—declaró secamente Zametof.

—Y hoy—añadió Porfirio Petrovitch,—Nikodim Fomitch me ha dicho que ayer, á hora muy avanzada de la noche, os encontré en casa de un funcionario que había sido aplastado por un coche....

—¡Lo cual viene en apoyo de lo que digo!—agregó Razumikin.—¿No te condujiste como un loco en casa de ese funcionario? ¿Te despojaste de todos tus tesoros para pagar el entierro! Admito que, deseoso ayudar á la viuda, le dieras quince rublos, hasta veinte; pero guardando algo para ti. Y en lugar de eso, largaste todo tu caudal, los veinticinco rublos que poseías.

—También puede ser que haya encontrado un tesoro

sin que tú lo sepas. Ayer me dió todo el día por ser generoso.... El señor Zametof, que me está oyendo, sabe que he encontrado un tesoro..... Dispensadme que os haya fastidiado durante media hora con una charla tan ociosa—prosiguió, temblorosos los labios, dirigiéndose á Porfirio.—Estáis cansado, ¿verdad?

—¿Qué decís? ¡Al contrario! ¡Si supierais hasta qué punto me interesáis!..... ¡Os encuentro tan curioso para visto y escuchado!.... Confieso que ceblebro en el alma el haber, al fin, recibido vuestra visita....

—¡Pero hombre, danos té! Sentimos seco el gazarate!—gritó Razumikin.

—Excelente idea; pero antes del té, ¿no tomaríais algo más sólido?

—¡Anda por ello!

Porfirio Petrovitch salió para pedir té.

Toda clase de ideas confundíanse en el cerebro de Rascolnikof, el cual estaba muy excitado.

—Ni aun se dan el trabajo de fingir; van derechos á su objeto. Si Porfirio Petrovitch no me conocía, por qué habló de mí á Nicodim Fomitch? ¿No quieren ni ocultar que me siguen como los perros á la res! ¡Me escupen descaradamente al rostro!—se decía, temblando de rabia.—Pues bien, obrad francamente; no juguéis conmigo como el gato con el ratón. Eso es descortesía, Porfirio Petrovitch, y puede no convenirme permitir eso.... Me levantaré, os arrojaré la verdad al rostro, y veréis cómo os desprecio.

Respiró haciendo un esfuerzo.

—Pero ¿y si todo eso no fuera sino una ilusión? Tratemos de desempeñar nuestro feo papel, y no vayamos á perdernos, como un estornino, con nuestra ciega cólera. ¿Es que les atribuyo intenciones que no tienen? Sus palabras no tienen en sí nada de extraordinario; son cosas que se ocurren al pronto; pero pueden tener un doble sentido. ¿Por qué Porfirio Petrovitch dijo sencillamente “en su casa,” hablando de la vieja? ¿Por qué Zametof hizo observar que yo hablé con mucha agudeza? ¡O todo es ilusión mía, ó saben!... Hasta insolente me parece el tal Zametof. Habrá reflexionado desde ayer. ¡Con razón sospechaba yo que cambiaría de opinión! ¡Se encuentra aquí como en su casa, y es la primera vez que pisa estos umbrales! Porfirio no le trata como á extraño; se sienta de espaldas á él. Estos sujetos se han hecho amigos, ¡y con seguridad que yo soy el motivo de sus relaciones! ¡Seguro estoy de que hablaban de mí cuando llegamos!... ¿Están enterados de mi visita á casa de la vieja? ¡Mucha prisa tengo por saberlo!... Porfirio ha parecido no oírme cuando dije que iba en busca de una habitación para alquilar.... Pero hice bien hablando como hablara; ¡quizá sirva esto más adelante!... En cuanto al delirio, el juez de instrucción no ha hecho ningún cálculo.... ¡Está perfectamente enterado respecto á la manera cómo yo empleé la velada. ¡Ignoraba la llegada de mi madre! ¡Y la hechicera que había apuntado con lápiz la fecha del empeño!... No, no; la seguridad que afectáis no me engaña; hasta ahora no tenéis hechos, ¡os fundáis en vagas conjeturas! La visita que yo hiciera á la casa

de la vieja no prueba nada, se explica perfectamente, teniendo en cuenta el delirio.... Pero ¿saben que yo he ido allá? ¡Es necesario que yo me entere de esto! ¿A qué he venido yo aquí? Bueno, ahora me enfado, y he aquí lo que es preciso temer. ¡Ah, qué fácilmente me irrito! Después de todo, quizá sea preferible que así sea; estoy dentro de mi papel de enfermo.... Me va á hacer perder el juicio. ¿A qué vine yo aquí?

Todas estas ideas atravesaron su cerebro con la rapidez del relámpago.

Al cabo de un instante volvió Porfirio Petrovitch. Parecía de buen humor.

—Ayer, al salir de tu casa, amigo mío—continuó, dirigiéndose á Razumikin, con una jovialidad que hasta entonces no había mostrado,—estaba verdaderamente pesado; mas todo pasó ya. Pero fué el caso que os abandoné á lo mejor. ¿De quién fué la victoria?

—De ninguno de ellos, naturalmente. Cada cual defendió su vieja tesis. Figúrate, Rodia, que la discusión versaba sobre esta cuestión social nada nueva—manifestó distraídamente Razumikin.

—Pero el caso es que no estaba formulada de ese modo—hizo observar Porfirio.

—En efecto....—reconoció Razumikin, que se había aturrullado, según costumbre. Escucha, Rodia, y di cuál es tu opinión, si quieres. Los socialistas comenzaron por exponer su teoría. Sabido es en qué consiste; el crimen no es otra cosa que una protesta contra un orden social mal organizado; no admiten que los actos criminales obedezcan á otra causa; para ellos, el hom-